



# CIUDAD, REGION Y REGIONALISMO: UNA VISION ECONOMICA

por Juan Velarde Fuertes

Como herencia y derivación, fundamentalmente, de los trabajos de historiadores, geógrafos, biólogos y especialistas en localización y, en otro sentido, de etnógrafos y sociólogos, los economistas han venido estudiando con más detenimiento, de unos años a esta parte, las cuestiones regionales. Tiene esto una particular importancia en cuanto hace posible que en el futuro puedan desarrollarse con fruto intentos para construir "una tipología de regiones económicas" (1).

Las construcciones, por ahora, mantienen una doble orientación. Por un lado se viene acumulando una excelente cantidad de materiales empíricos, con lo que el análisis resulta beneficiado. Por otro se viene trabajando ya con algunos excelentes resultados en lo que se refiere a la base teórica precisa para el tratamiento regional.

Todos estos estudios, ya meramente empíricos, ya de tipo abstracto, ya combinando ambas características, van por ahora agrupándose en torno a "unos determinados tipos de estructura regional" (2) que podríamos resumir así:

- 1) Concentraciones urbanas.
- 2) Areas rurales, con análisis de sus posibilidades de industrialización.
- 3) Areas industriales.
- 4) Regiones problema. Siguiendo el léxico de Hoover (3) las subdividiremos en:

- a) Regiones atrasadas en cuanto no han lo-

grado seguir la tendencia del desarrollo económico, y

- b) Areas deprimidas en cuanto situadas en zonas adecuadamente desarrolladas, comienzan a experimentar una emigración de inversiones.

Las regiones atrasadas plantean colateralmente todo el magno problema del desarrollo económico en general, en tanto las áreas deprimidas plantean únicamente cuestiones de tipo regional concreto.

- 5) Grandes espacios económicos cuyo estudio en realidad cae "fuera ya de lo que es propiamente regional, aunque se le parezca en el estudio conjunto de un territorio y su economía" (4).

A estos estudios deben añadirse aquellos que se efectúan sobre áreas especiales geográficas, sujetas a un proceso de planificación regional. El caso más conocido es el de la TVA, pero pudieran añadirse, como veremos, otros muchos.

Los estudios empíricos de tipo regional procedieron en primer lugar de los geógrafos. Cualquier geografía humana se plantea con rapidez el problema de las regiones. No es necesario acumular sobre esto datos excesivos. Algunos ejemplos creemos son suficientes.

Así por ejemplo, en Francia el movimiento de estudio regional tiene sus raíces tanto en la filosofía positivista —Augusto Comte se preocupó de esta cuestión— como en movimientos políti-

(\*) Conferencia pronunciada el 5 de junio en el acto de clausura de los Cursos de Urbanismo 1972-73, en el Instituto de Estudios de Administración Local.

cos de tipo conservador: no olvidemos la tradición revolucionaria de "la nación una e indivisible". En 1898 se fundó la Unión Regionalista Bretona, y en 1900 la Federación Regionalista Francesa. El órgano periodístico fue *L'Action Régionaliste* (5).

Este movimiento pasó fundamentalmente a centrarse en lo económico en la organización de las Cámaras de Comercio. Jean Hennessy, político que agitaba los problemas de acción regional en Francia, propuso en 1916 que se creasen unas grandes regiones económicas centradas en las grandes ciudades, de acuerdo con una propuesta de Vidal de la Blache efectuada en un artículo titulado "Les Régions françaises", que se había publicado en 1910 (6). En él señala que las regiones vienen determinadas esencialmente por la existencia de una ciudad-capital central, la *capital regional*, sobre la que subraya Vidal de la Blache que su carácter de tal no reside "ni en el número de sus habitantes ni aún menos en el número de sus funcionarios, ni siquiera se determina por el género de ocupación. Se encuentra tal carácter en un elemento superior que impregna todos los aspectos de su actividad". De esta forma, por Decreto de 5 de abril de 1919 se agruparon las 136 Cámaras de Comercio del país en 17 grupos económicos regionales que pasaron después a ser 20. Su importancia en la vida económica de Francia se comprende si recordamos su papel de intermediarios entre el Gobierno y la región que representan en cuestiones de importancia tan vital para la vida económica como el desarrollo de facilidades portuarias, navegación, desarrollo industrial, repoblación forestal, irrigación e informaciones sobre la situación económica general (7).

Otro geógrafo francés que concedió gran importancia a las cuestiones regionales fue Jean Brunhes. Este ya no admite exactamente los puntos de vista de Vidal de la Blache. Para él las regiones deben ser más pequeñas de tamaño que las de Vidal de la Blache —sugiere la división de Francia en de 25 a 30 unidades regionales—, cuyo carácter de unidad viene determinado por multitud de factores estudiados por la geografía humana: tipos de industria y explotaciones agrarias, intereses y necesidades regionales, etc. Admite sin embargo la posibilidad de que es posible la agrupación de dos o tres de estas regiones para constituir una *gran región*. Así, por ejemplo, la gran región del sur estaría constituida por las regiones de Toulouse y Montpellier, que sin embargo poseen indudable autonomía: por ejemplo, cada una tiene Universidad desde el siglo XIII. Cosa análoga podríamos señalar sobre la gran región del sudeste, con las tres regiones cuyas capitales son Lyon, Marsella y Grenoble (8). Lyon, la metrópoli de la industria sedera, tiene concretamente una importancia considerable. Como ha señalado Blanchard, el área geográfica que rodea a Lyon, comprendiendo Besançon, Dijon, Clermont-Ferrand y Chambéry, se encuentra controlada por Lyon (9). Después volveremos concretamente sobre esta región, en la que apuntaremos ya las ansias, digamos autonomistas, de la zona de Saint-Etienne, del mismo modo que las

de la zona de Niza, que prefiere unirse a Grenoble antes que a Marsella.

Otras muchas aportaciones de geógrafos conocidos pudiéramos señalar en este terreno concreto del estudio regional. Citaremos sólo los trabajos de la Comisión Central para la Geografía Regional, instaurada en Alemania en 1886 (10), o los del geógrafo C. B. Fawcett, que puntualiza que las regiones deben reunir estas características:

- 1) Sus límites deben interferir tan poco como sea posible en las actividades y movimientos corrientes de la gente.

- 2) Cada zona debe tener una capital que sea realmente foco de vida regional, lo que implica que la capital debe ser fácilmente accesible desde toda la región.

- 3) Cada región debe tener una población suficiente para justificar el autogobierno.

- 4) Ninguna región debe ser tan populosa como para poder controlar la Federación.

- 5) Los límites regionales deben diseñarse a lo largo de las divisorias de aguas en vez de hacerlo a través de los valles, y muy raras veces a lo largo de las corrientes acuáticas.

- 6) La agrupación de áreas debe tener en cuenta las tradiciones y el patriotismo local.

De esta forma Fawcett, aplicando tales criterios a Inglaterra y Gales, creó las regiones de Devon, Bristol, Wessex, Londres, Central, Midland Occidental —que incluye a Gales—, Midland Oriental, East Anglia, Lancashire, Yorkshire y Norte (11). Los trabajos de Fawcett se ligaron después a los estudios regionales patrocinados por el laborismo, cuyo análisis se verificará algo más adelante.

En esta relación de geógrafos preocupados con el problema regional también tendríamos que añadir muy lucidas intervenciones de geógrafos españoles. La lista tiene que ser corta, pero en ella queda lugar para los trabajos centrados por el profesor Casas Torres en torno a los mercados de Aragón, como ejemplo de un fructífero estudio geográfico de ámbito regional exclusivo; o los de Dantín Cereceda sobre las regiones naturales de España.

Una interesante manifestación procedente del ámbito geográfico internacional es la de Jean Labasse titulada *Les capitaux et la région* (12), inscrita dentro de un conjunto general de esfuerzos franceses para analizar empíricamente el problema regional en un país. En ella llega a su culminación el empleo del material estadístico para estudiar, en torno a la región lyonesa, la acción del mecanismo bancario y financiero en general, de cuya importancia da idea la mención de un solo nombre: *el Crédit Lyonnais*.

Pero este camino geográfico en los estudios regionales se ve últimamente flanqueado por el de los denominados *estudios ecológicos*.

Teilhard de Chardin (13), estudiando la aparición del hombre como final del mecanismo evolutivo, llama la atención de que con la especie humana resurge un tipo de asociación que había desaparecido en el mecanismo evolutivo desde los insectos. Nos referimos, pues, a que la especie humana implantó para su vida una técnica que no era nueva ni mucho menos, ya que



sobre la superficie terráquea había aparecido nada menos que con las hormigas, ápidos y termes, y por lo que se refiere a una unión de tipo más íntimo, fisiológica, con los poliorganismos de los celentéreos. Es natural, por tanto, decir con Teilhard de Chardin: "¿Por qué por un instinto mal entendido de autodefensa o por tuitina intelectual nos obstinamos en tratar como accidentales o parabiológicos esta capacidad y esta tendencia de todos los vivientes (cuanto más vivientes sean) hacia el acercamiento y la coordinación? ¿Por qué, en desacuerdo con los hechos, nos negamos a reconocer que en la subida irresistible a través de la biosfera de los efectos de socialización hay que ver una modalidad inferior de lo que hemos llamado antes *el proceso cósmico de corpuscularización*?" Resultaba incitante, pues, seguir considerando a la actividad social humana, una de cuyas parcelas es la economía, y dentro de ella los problemas de su diseminación y articulación, de manera parecida a como había sido tratada el resto de la escala zoológica. Pero al propio tiempo, en el terreno biológico había crecido una nueva ciencia, la denominada *ecología*. Para los biólogos, un *ecosistema* de los individuos de una especie —como ejemplo señero citaremos el ecosistema de la lombriz de tierra estudiado por Darwin— es el conjunto de relaciones entre tales individuos y el mundo en que están inmersos, integrado a su vez por individuos de otras especies y por un complejo de características físicas y químicas de muy diversa actuación (14). La *ecología* pues, como dice Margalef, "es sencillamente la biología de tales entidades supraindividuales y de naturaleza mixta, es decir, físico-biótica" (15). Directamente vinculada se encuentra la *biogeografía*, cuyos orígenes por cierto se encuentran en la obra de Wallace —tan admirado por nuestro Costa— titulada *Geographical distribution of animals*, coautor por otra parte, con Darwin, del famoso artículo *On the tendency of species to form varieties; and on the perpetuation of varieties and species by natural means of selection*, leído ante la Linnean Society el 1 de julio de 1858. La biogeografía pretende explicar, por tanto, "la escenificación del despliegue de la vida a lo largo de su historia" (16).

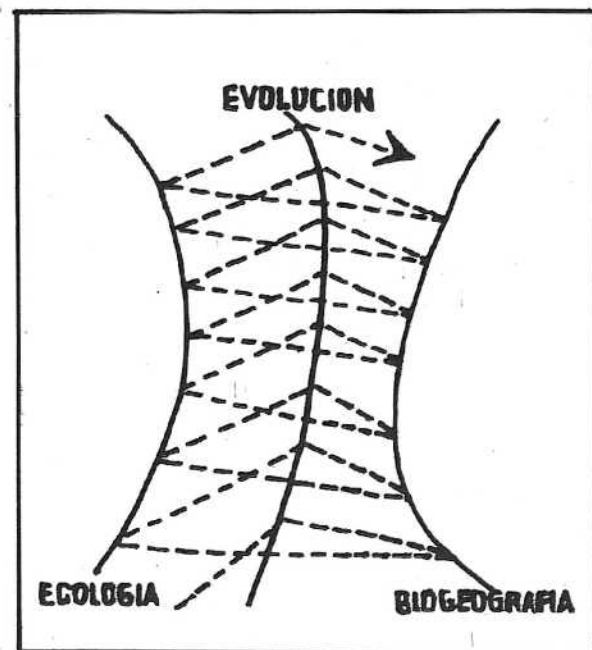
Cuando se trasplanta, pues, al terreno humano la ecología, tiene que tener muy vivo este triple enlace entre biogeografía —o localización del fenómeno—, ecología y evolucionismo (17). ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que el estudio ecológico sólo tiene sentido en el tiempo. El gráfico adjunto, debido a Margalef, lo aclara (18). En él puede verse cómo las circunstancias ecológicas y geográficas en las que se verifica la selección en una población o en varias poblaciones interfértiles, dan origen a "fuerzas" que perduran, manifestándose en las modalidades de evolución y de sucesión, imponiendo una alternativa influencia entre ecología, evolución y biogeografía.

Pero esto supone que el problema ecológico se resuelve sólo temporalmente (19). Teniendo en cuenta la situación actual de la dinámica económica, tan agudamente criticada por Boulding (20), y que quienes plantean las cuestiones

ecológicas no son economistas, sino personas azeadas al trabajo empírico, se comprende que este planteamiento temporal haya supuesto por ahora, para el prometedor ensayo ecológico, un pasearse por las ya tan trilladas, criticadas y superadas tierras de un neohistoricismo. Y en este momento nos referimos tanto a los trabajos de Dickinson como a los de Hawley, Mc Kenzie y Bogue (21). Sin embargo, pese a tales limitaciones, sus aportaciones al análisis del problema regional merecen tenerse muy en cuenta.

En este sentido es la figura de Dickinson la que debe centrar nuestra atención. En su obra *City, región and regionalism* (22), verifica un análisis muy importante del fenómeno regional. Para Dickinson, una región se define o concibe como "un área de actividades interrelacionadas, intereses emparentados y organizaciones comunes que se extiende de modo continuo entre caminos que la ligan a los centros urbanos" (23). Arthur Glikson presenta en su *Regional planning and development* (24) esta otra definición de región mucho más ecológica: "Una región es una unidad geográfica caracterizada por un ciclo biológico típico y por un equilibrio ecológico en cuanto su vida natural no ha sido perturbada por las intromisiones de la civilización moderna. Los límites y áreas de tal región natural se determinan generalmente por un valle o una vertiente cuya médula espinal está constituida por una corriente o el lecho de un río". Este agua es para Glikson la que pone en marcha las complejas funciones de ciclo ecológico, sobre el que se superpone, más o menos exactamente, una comunidad humana que determina de forma superpuesta una región socioeconómica, una región industrial y una región metropolitana.

Pero la posición de Dickinson ofrece singulares ventajas para el economista al hallarse mucho más cerca que Glikson de las construcciones de la teoría de la localización. Por ello, y de la mano del primero, podemos enfrentarnos con el





concepto, ligado al de región, de *ciudad-capital regional* o, si se quiere, aceptando el criterio de los ecólogos americanos Gras, Mc Kenzie y P. S. Bogue (25), el de *metrópoli económica*. Entendemos por tal aquello que concentra la mayoría de las producciones de la zona para su comercio y tránsito, cuando en ella se intercambian por mercaderías que proceden de la metrópoli y cuando ésta provee de las necesarias transacciones financieras que supone este intercambio. Como dice Dickinson (26), "tal ciudad tiene una población considerablemente mayor que la de las ciudades que la rodean; será un centro comercial independiente, con una gran variedad de industrias regionales y amplios negocios mayoristas; será un centro financiero y, finalmente, también será un centro cultural y administrativo". De esta forma Dickinson se aproxima al carácter comercial de la aglomeración urbana consustancial con la escuela alemana, de Ratzel a Von Richthofen, y se separa de la escuela francesa —por ejemplo, de Brunhes y Deffontaines—, para los que existe una *ciudad* cuando la mayoría de los habitantes emplean la mayor parte del tiempo en el interior de la aglomeración, en tanto que no existe cuando la mayor parte del tiempo se emplea en el exterior de la aglomeración, como, por ejemplo, acontece en los grandes pueblos rurales de España e Italia. De todas formas, gracias a los trabajos de Ch. D. Harris, se han construido una serie de *pirámides de ocupación* típicas que sirven para caracterizar la esencia económica de las ciudades (27). El corazón de esta metrópoli —fundamento de la civilización actual además para Dickinson—, es el distrito central, el *citybildung* germano, en el que se concentran los servicios centralizados que dan origen a la metrópoli.

He aquí que comprendamos perfectamente la actitud investigadora en ecología de Dickinson: análisis en principio de la ciudad como centro regional, con detenida consideración de la estructura interna de la ciudad, y el proceso biológico de ésta, con sus fenómenos de *concentración* y *centralización* —que actúan ya en sentido positivo o centrípeto, ya negativo o centrífugo, por ejemplo, con la creación de ciudades satélites—, dando lugar a un desbordamiento de los límites administrativos por los urbanos, o sea el tan conocido fenómeno, estudiado en primer lugar por Geddes, de la *conurbación* (28). De esta forma, y ayudándose con lo ocurrido en numerosos casos concretos, presenta un completo panorama de la economía urbana en su proyección ecológica. Después, relaciones entre las comunidades urbanas y las extraurbanas de la zona regional, o sea el estudio de lo que Christaller llama *centralidad*, o servicios que presta por encima de las necesidades de sus habitantes (29). Empíricamente, este investigador mide la centralidad  $Z_z$  de un lu-

gar con la fórmula empírica  $Z_z = T_z - E_z \cdot \frac{T_g}{E_g}$

siendo:

$T_z$ , el número de teléfonos en el punto del que se mide la centralidad.

$E_z$ , el número de habitantes en el punto del que se mide la centralidad.

$T_g$ , el número de teléfonos del área servida por el punto.

$E_g$ , el número de habitantes de tal área.

Se comprende que  $E_z \cdot \frac{T_g}{E_g}$  mide la impor-

tancia que debería tener la ciudad de acuerdo con el número de habitantes y que  $T_z$  mide su importancia actual.

Surge así una clasificación de puntos, de acuerdo con su centralidad, que van del *Markort*, o *centro de mercado* —con unos 1.000 habitantes, situado de siete a nueve kilómetros—, a la *Landstadt*, o *capital regional*, de unos 500.000 habitantes. Después surge ya la *Reichstadt* —o capital del país— y las *Reichsteile*, o centros intermedios que dominan y sirven a buena parte del país. Una *Landstadt* es Munich, Nancy o Zaragoza. Una *Reichsteile* es Hamburgo, Lyon o Barcelona.

Otra cosa es la Ley de Reilly, ampliamente estudiada por los especialistas americanos de cuestiones de mercado, como Converse y Schertenleib. El enunciado de la Ley es el siguiente (30): "Dos ciudades abastecen a una localidad pequeña en proporción directa con su población y en proporción inversa con el cuadrado de la distancia". Dado que define como *punto de reparto* aquel en el que cada ciudad se reserva la mitad de las ventas, las fronteras entre las ciudades pueden establecerse uniendo los puntos de reparto.

En este sentido tiene importancia la fórmula de Converse (31), que determina el punto de reparto de dos ciudades, A y B (32). Siendo:

a, la distancia entre A y B.

$P_a$ , la población de A.

$P_b$ , la población de B.

d, la distancia de B al punto de reparto.

$$d = \frac{a}{1 + \sqrt{\frac{P_a}{P_b}}}$$

Hacemos gracia de la deducción de la fórmula de Converse partiendo de la de Reilly, porque puede verse expuesta con toda claridad, enjuiciando además muy acertadamente un encuadre metodológico, en la obra de Sampedro *Principios prácticos de la localización industrial* (33).

Para que, finalmente, se comprenda el alto valor sugestivo de estos trabajos ecológicos, aludiremos a un estudio especial de este tipo que ha publicado Donald S. Bone titulado *The spread of cities* (34). El centro del mismo se encuentra en la función  $L = f(P)$ , siendo L la tierra agrícola convertida en no agrícola como consecuencia del auge urbano, y P la población. Halla empíricamente cuál es esta función, y su evolución espacial y temporal en los Estados Unidos, con un breve resumen de consecuencias, es el fin de trabajo. Dejando a un lado el valor científico



hallazgo de los parámetros, es indudable que este ensayo es de los que siempre se tenderían a considerar como interesantes. Un ensayo publicado en *Enconometrica*, en 1961, por Richard F. Moth, nos ha enseñado que esto puede seguir desarrollándose.

Debido a todo lo señalado hasta ahora, comprendemos que conjunción del trabajo de ecólogos y geógrafos haya sido la construcción de un doble concepto de región que claramente llevó a cabo el Comité de Geografía Regional de la *Association of American Geographers* (35), entre *región uniforme* y *región nodal*.

Como se puede desprender del enfoque primero que percibíamos del fenómeno regional, a éste se le ligaba con ciertas uniformidades que caracterizan una extensión. Frente a esta *región-uniforme*, el Comité antedicho define la *región-nodal* como "una unidad que posee una estructura interior, la cual comprende un núcleo (o núcleos) y el área que en torno está ligada al núcleo... (y) que se limita por la desaparición o el debilitamiento del lazo con este núcleo en favor de un lazo con algún otro núcleo".

Estos estudios ecológicos de una región también se han practicado en España. Un excelente material en este sentido es el ofrecido por Fernando Chueca en su libro *Semblante de Madrid* (36), una de cuyas partes se titula precisamente *Los habitantes. Ecología humana. Fundamentos económicos de la ciudad* (37). Pero de todos ellos queda un regusto de lo demasiado empírico, de que el análisis regional precisa de algo más para convertirse en un auténtico análisis científico.

Finalmente, el historicismo mismo se planteó el problema desde su peculiar punto de vista metodológico, que tanto he criticado yo por escrito. Baste mencionar, por ahora y en este sentido, las economías de aldea, de ciudad, de territorio y nacional, que investigó Schmoller, o las economías casera, urbana y nacional de Bücher.

Pero antes de pasar ya a las aportaciones de los teóricos de la economía a este problema, hemos de conceder una breve atención a los trabajos regionales que se emprendieron en Gran Bretaña bajo el influjo planificador y preocupado con los problemas locales del partido laborista. Los teóricos de este partido, en buena parte, como veremos más adelante con amplitud, acaban conectándose con la actitud institucionalista, que también sometí yo a dura crítica. Es lógico, pues, que en sus trabajos no se observe más que una permanencia en la línea de los estudios de ecólogos y geógrafos que, repitámoslo, siendo valiosos e interesantísimos para el economista, no terminan por cumplir con todos los requisitos que exige la ciencia económica para darles plena validez. Por supuesto que esto no altera en nada su valor ecológico o geográfico, ni tampoco que los economistas no hayan de utilizar con mucho fruto estas investigaciones empíricas.

El esfuerzo del socialismo británico en torno a los problemas regionales asciende a fecha ya tan lejana como 1905. En tal año, la Sociedad Fabiana publicó una serie de folletos titulados *The New Heptarchy*. En ellos se defendía la di-

visión del país en una serie de entidades administrativas autónomas, centradas en una serie de grandes ciudades. El geógrafo Fawcett —al que ya nos hemos referido—, G. D. H. Cole y W. A. Robson acogieron con gran calor esta idea fabiana y trabajaron intensamente sobre la misma. Las ideas de este grupo laborista sobre el concepto de región tienen un substrato político evidente: la región es un instrumento para mejorar las condiciones de vida, pero también la región es un instrumento de planificación. Por ello surgen dos tipos regionales: la *gran región*, necesaria para la descentralización, para la planificación nacional en todos sus aspectos, y para atender las necesidades estadísticas, y la *región pequeña*, necesaria para alcanzar con fruto los propósitos de los gobiernos locales. Para Cole, Inglaterra se podría dividir en las diez siguientes grandes regiones: Occidente inglés, capital Bristol; Wessex, capital Southampton; zona metropolitana, capital Londres; Gales, capital Cardiff; Midlands del oeste, capital Birmingham; Midlands del este, capital Nottingham; Región oriental, capital Cambridge; Lancastria, capital Manchester; Yorkshire, capital Leeds, y Northumbria, capital Newcastle. Los Webb, lógicamente también se preocuparon de estos problemas.

Con las cuestiones derivadas de la guerra —que originó una división del país en regiones para la defensa civil— y de la planificación para la postguerra, estas influencias del laborismo alcanzaron su máxima proyección nacional (38).

Desde un punto bien opuesto al considerado hasta ahora, se iniciaron también las investigaciones sobre el problema regional: el de los teóricos que trabajan en la teoría de la localización. En este sentido alcanza rango de primera magnitud la aportación de August Lösch. Antes que Lösch, y dejando aparte las investigaciones de Thünen, Launhardt y Ristchl, existen dos aportaciones de indudable interés, aunque no alcanzan la madurez de la obra de Lösch. Me refiero en primer lugar a Bertil Ohlin con su *Interregional and International Trade* (39), cuyas teorías del comercio internacional puede concebirse como una teoría de la localización. Ohlin estudia lo que puede producirse en cada región de acuerdo con los precios de los factores, la demanda de las mercancías y lo que denomina *costes de transferencia*. Estos, que dan lugar a la aparición del fenómeno regional, son el conjunto de obstáculos que se opone a la movilidad de productos y factores de la producción. Si a estos *costes de transferencia* se les añade la heterogeneidad monetaria y las fronteras, pasamos de la teoría del comercio interregional a la internacional.

En segundo lugar tendríamos que mencionar a Alfredo Weber en su artículo *Die Standortstheorie und die Handelspolitik* (40), paralelo en cierto sentido al ensayo de Ohlin, y que Lösch considera como un "estudio no suficientemente apreciado".

En la obra de Lösch, la región económica ocupa un puesto de gran importancia. Plantea éste, como sabemos, las ecuaciones que determinan el equilibrio general de la localización (41). Pero al llegar a este punto se encuentra con que entre

el esquema teórico general y el empirismo de los estudiosos concretos de localización, existe un hueco sin llenar. Aun admitiendo las debilidades que pueda tener esta unión —¿el camino de la ciencia, se pregunta Lösch, “no está en general lleno de vacilantes puentes de emergencia que no obstante todos nosotros hemos cruzado para de este modo lograr algún paso adelante?” (42)—, es necesario acometer la empresa. Para Lösch, este preciso puente entre el empirismo y las alturas del equilibrio general, es la construcción de una teoría de las regiones económicas. Lösch no parte, para centrar la cuestión, de una definición de la región económica. Por el contrario, se plantea la cuestión de “si puede tomarse algo así como un límite económico”, y cómo éste nace por sí mismo. Lo que abarque este límite, termina Lösch, será una región económica (43).

En este sentido comienza investigando las que llama *regiones de mercado simples*, esto es, las “resultantes del juego de fuerzas económicas genuinas”, y de las cuales unas —las ventajas de la especialización y de la producción en masa— obran en sentido de la concentración espacial y otras —las ventajas de la variedad y los gastos de envío— hacia la dispersión (44). Para estudiar, en las limitadas condiciones de su planteamiento, cómo surgen los límites del mercado, Lösch plantea el caso, ya tan explicado y conocido (45), de los límites de un mercado ideal productor de cerveza. Si la curva de demanda es la  $d$  de la figura A, los vecinos del granjero alemán que decidió producir más cerveza de la que precisa para su autarquía casera comprarán en P, PQ al precio  $OP = p$ . Pero suponemos que la demanda es una función del precio más el coste del transporte,  $t$ , esto es:  $d = f(p + t)$ .

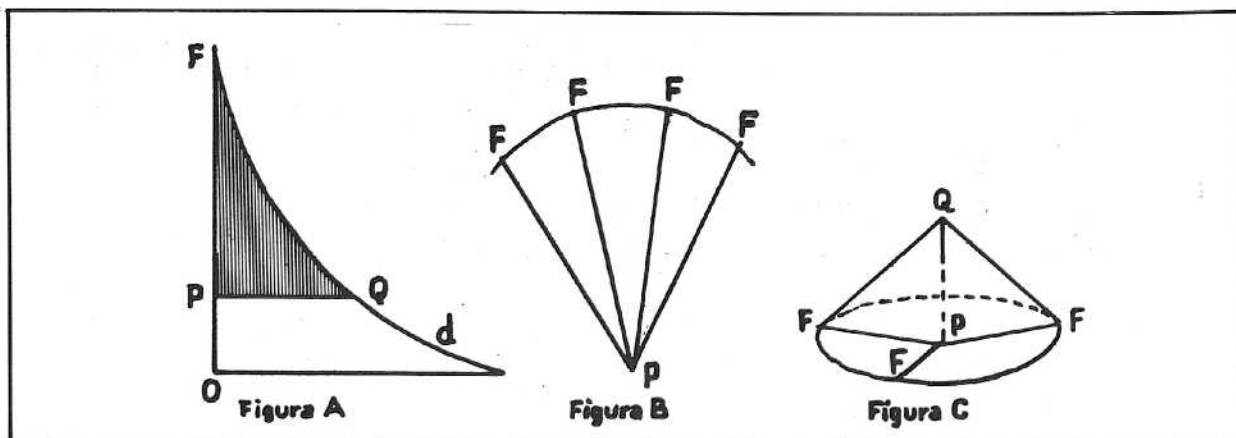
Esto nos muestra que siendo  $PF = t$ , es F el último punto en que se puede vender la cerveza. PF es pues el radio extremo para la venta de cerveza. El volumen total de venta, como F en el espacio se encuentra en una circunferencia de radio PF y centro P, será el volumen del cuerpo engendrado al girar el triángulo curvilíneo QPF en torno a PQ como eje. El cálculo se reduce a un simple problema de integración.

Pero las áreas regionales de venta no se convierten en una serie de óptimos círculos que traza cada granjero productor de cerveza. Para aprovechar las superficies que quedan entre los círculos, el mercado tiende a convertirse en exagonal

—figura más próxima al círculo que la rectangular y el cuadrado— (46), y el radio del exágono tiene un límite: el que se determina con la saturación del mercado. El paso siguiente que da Lösch, una vez analizadas las características de la región de mercado, es el estudio de lo que denomina el sistema de redes de mercado para culminar en los sistemas de regiones. Las regiones así “se van haciendo más complicadas y autárquicas, pero... también más raras”, con un *paisaje económico* nítido ciertamente rarísimo (47). En la realidad es una forma incipiente de éste lo que puede percibirse, pero como substrato puede mostrar de qué forma la estructura regional de la economía es índice de la existencia de un orden en el mecanismo de los hechos materiales.

El estudio de Lösch se completa con un análisis empírico tanto de regiones de mercado simples como de sistemas regionales, donde multitud de problemas de este tipo que se venían estudiando de forma empírica y un tanto desordenada, encuentran su adecuado encaje: por ejemplo, los urbanos (48).

La otra gran aportación teórica, y que continúa la obra de Lösch a la ciencia regional, es la que en estos momentos verifica Isard. Hoy por hoy es muy difícil enjuiciarla, pues de la misma sólo se conocen las recopilaciones y sistematizaciones de fragmentos o a veces sólo promesas del autor y de su equipo. Ello no quiere decir que Isard no haya efectuado ya puntualizaciones del más alto valor. Una de ellas la recogeremos aquí porque afecta al ya estudiado diferente planteamiento del fenómeno regional por economistas y ecólogos y la superación que ofrece Isard. Este observa (49), en primer lugar, cómo la elección por el economista, el sociólogo, el geógrafo, del problema a tratar da lugar a un concepto variable de región. Pero más apegados a las construcciones ecológicas, personas de la categoría de Howard W. Odum y Talcott Parsons creen en la necesidad de que la tipología regional abarque simultáneamente problemas más generales, que a su vez engloban modelos específicos sociológicos, culturales, económicos, etc. (50). Ante esta marcada disparidad, Isard ha ofrecido ya una oportuna solución generalizadora que le sugirió al parecer Leontief. Hoy se encuentra sometido el concepto de Isard a la oportuna revisión crítica, pero al permitir el enlace con la ecología —que la teoría económica ya había comenzado a efectuar al







recoger el concepto de *región nodal* (51), rechazando los criterios simplistas de concebir la región económica como un *área geográfica con marcado grado de homogeneidad económica y social*— ofrece un panorama sugestivísimo para el análisis económico.

Sin embargo se observa ya el talante que tendrá el análisis regional creado por Isard (52): el desarrollo de modelos operacionales para cuantificar diversas interrelaciones de forma que el político tenga un mayor orden en el material a su disposición. Sea a través de modelos input-output regionales, de técnicas de programación lineal, o sea, en general, en términos de la llamada economía lineal de proyecciones del producto bruto regional total y sus partes, de modelos de gravedad o, en general, de esquemas estructurales adecuados, no olvida Isard que deben plantearse en términos del análisis de sustitución.

Ejemplo del camino que apunta Isard son los cada vez más detenidos modelos input-output de carácter regional o las aplicaciones de la programación lineal a ciertos problemas de desarrollo regional. Citemos, entre mil, su cuestión muy interesante. ¿Qué técnica puede ser más adecuada para el análisis regional? Dejamos a un lado la explicación del modelo input-output, que tiene desarrollos tan originales como el modelo de prioridad de Burns y Klaasen, que se aplica a la reconstrucción de Rotterdam, es suficientemente significativo (52 bis). F. T. Moore (53) decidió estudiar, para los estados de Utah y California, los cambios ocurridos en sus estructuras económicas regionales en un período dado. Se encontró con que, dado el carácter estático del modelo input-output disponible para ellos, era necesario lanzarse a la construcción de un modelo dinámico, cuestión que en estos momentos avanza notablemente. En otras ocasiones, encabezadas por el propio Isard, los modelos empleados han sido los tradicionales, con las particularidades a que obligan las circunstancias locacionales correspondientes a los mismos. Sin embargo, y de acuerdo con tan alto experto en problemas regionales como es Philip Nedd, aun admitiendo con Isard el alto valor de los modelos input-output regionales, que ofrecen un excelente esqueleto para la descripción de sus estructuras económicas, si no se resuelven determinados problemas estadísticos podemos encontrarnos con que son capaces de convertir al modelo en algo a espaldas de la realidad (54). Esto es especialmente grave, porque al llenar con artificios un tanto forzados los casilleros de una tabla de Leontief, puede hacerse creer que disponemos de un buen modelo de la realidad regional cuando en realidad sólo se maneja una caricatura de la misma.

Otra aportación teórica de primera importancia para la elaboración del concepto de región ha sido la de Rutledge Vining, efectuada con independencia con respecto a Lösch y antecesora, desde luego, con respecto a Isard. La base de la investigación de Vining se halla en un problema que sólo muy parcialmente nos afecta: el de la existencia de fluctuaciones cíclicas regionales y de sus relaciones con el conjunto de las fluctuaciones cíclicas del país (55). El problema, pues,

que forzosamente tiene que abordar Vining a continuación es el del impacto regional —que calcula a través de alteraciones en la renta, índice a su vez de la dimensión regional— en el conjunto económico del país. Para efectuar esto adecuadamente, Vining considera a la región, por un lado (56), como resultante aleatoria heredada de numerosos factores del pasado, cuyos efectos se han distribuido sobre largos períodos. Tales causas han influido estocásticamente en la estructura económica regional en su conjunto e incluso en el comportamiento de sus habitantes. Por otro lado, tal situación de la estructura económica sirve como *causa sistemática explicativa* de la posición de una región dada en la red nacional de las mismas y su sensibilidad ante el ciclo.

Era lógico esperar que Vining tratase de encontrar una teoría del ciclo *intranacional* y una definición oportuna de región. Fue a encontrarla en las *áreas comerciales de centro común*, cuyo ejemplo podría encontrarse en los trabajos de Reilly, Converse o Tagliacarne, ya citados más arriba. Se completó este trabajo previo con la utilización de los índices de localización de Sargent Florence (57), que sirven para aclarar adecuadamente el grado de especialización de un área y los enlaces con otras regiones de la misma. Sargent Florence ha proyectado todo esto para analizar áreas esencialmente urbanas.

Para Vining, la economía nacional acaba constituyendo una red de numerosas y pequeñas áreas regionales, cada una de las cuales puede considerarse que adopta una actitud similar en el comercio interior al de una nación en el internacional, originándose así mecanismos reguladores análogos a las balanzas de pagos de un país en forma de balanzas interregionales, llegando por este camino a tan agudas trasposiciones como la de los principios del multiplicador del comercio exterior al comercio interregional, con muy interesantes consecuencias.

En conjunto, pues, este concepto regional de Vining es bien ajeno al de toda tendencia homogeneizadora: la región es un lugar que absorbe y expelle flujos reales y financieros, ligándose así con las tesis de *nodalidad regional*.

Hasta ahora hemos estudiado los trabajos que sobre estructura económica regional habían venido efectuando un amplio grupo de trabajadores empíricos. Después, dando quizá un salto muy brusco, hemos pasado al trío de teóricos Lösch-Isard-Vining, que con más solvencia se han preocupado del problema del concepto de región. Pero antes de abandonar este tema creemos tener que ocuparnos de un grupo señero de economistas que muchísimo ha hecho en torno a los estudios regionales, pero que sería vano buscar en las mismas precisiones sobre el concepto de región. Actitud típica de este grupo podríamos encontrarla en John V. Krutilla. Este se plantea nada menos que el formidable e interesantísimo problema del impacto que poseen los programas de desarrollo económico, tan generalizados en todas partes, sobre los procesos de crecimiento (58). Pues bien, con toda claridad advierte en su artículo “se soslaya la controversia de qué constituye una región” (59) dada la disparidad de criterios susten-



tados por los economistas —cita, como contrapuestos, a Vining e Isard— en torno a esta cuestión. Por ello Krutilla define la región sencillamente como un área geográfica identificable, sea la cuenca de un río, una unidad administrativa o una combinación de unidades administrativas, dependiendo esta elección de los problemas que deban ser resueltos. A través de estas líneas se desarrolla buena parte del pensamiento económico contemporáneo sobre cuestiones regionales. Las necesidades diarias imponen una forzada superación de las discusiones teóricas. En este sentido debemos hacer referencia, en principio, a los problemas derivados de los planes de desarrollo económico en determinadas regiones económicas de los países. El profesor Sampedro ha explicado, por ejemplo, para Gran Bretaña (60) cuestiones tales como el problema de las *áreas deprimidas*, los informes de la Comisión Scott sobre la utilización del suelo en las áreas rurales, y de la Comisión Uthwatt sobre indemnizaciones y plusvalías, las legislaciones específicas aprobadas en torno a la localización industrial histórica y las consecuencias obtenidas en la realidad (61). Pero lo que resulta evidente es que los economistas ingleses que han trabajado para resolver estos problemas se han planteado muy confusamente el problema del concepto de región, pero han trabajado en un sentido regional: un caso entre mil, las *Development Areas* creadas por la *Distribution of Industries Act* en 1945.

En los Estados Unidos, el problema regional ha preocupado de antiguo a los economistas. Según señala Hoover (62), una de las palancas más fuertes que impulsó el estudio regional entre economistas y sociólogos fue la existencia de cuatro *regiones-problema* del país:

a) *La región desforestada de los Grandes Lagos*. En ella se agotaron las actividades extractivas (bosques, minas de cobre y hierro de Michigan), la agricultura tropezó con un suelo de mala calidad y la vida económica de las corporaciones públicas era poco floreciente.

b) *Las Grandes Llanuras*.—La colonización efectuada en ellas de forma desastrosa para el suelo, la sequedad, la gran erosión, dieron origen a esta zona deprimida que abarca el centro de los Estados Unidos, de Canadá hasta Tejas.

c) *El Old Cotton Belt*, donde coexiste el monocultivo, las plagas del algodónero, la erosión del suelo, el régimen jurídico —sobre todo aparcería— imperante en la zona, la baja calidad de la mano de obra y finalmente las fricciones raciales. El avance del maquinismo deprime aún más a esta zona, ya que elimina su única ventaja: la mano de obra barata.

d) *Las mesetas carboníferas del sur de los Apalaches*, con mala calidad de tierras agrícolas, obstáculos a la minería del carbón, agotamiento de los yacimientos de gas y petróleo, etc.

A estas grandes *regiones-problema* se les pueden —y en realidad se les suman— multitud de otras regiones-problema halladas utilizando variados procedimientos: índices de nivel de vida, rendimiento de las fincas, distribución de socorros a los indigentes, etc.

Como contraposición en cierto sentido, surgen

toda una serie de problemas relacionados fundamentalmente con otras regiones: las controladas por las autoridades de los valles de ciertos ríos, entre las que alcanzó fama mundial la Autoridad del Valle del Tennessee o TVA. No es este momento de analizar la filosofía básica de estas autoridades, sobradamente conocida a través de obras tan populares como las de David Lienthal y Julián Huxley, y cuyo impacto económico es discutido de forma continua por los economistas americanos. Sólo señalar que ha sido otra de las ventanas abiertas para que el economista pudiese penetrar en el fenómeno regional.

Añadamos a estas relaciones los estudios regionales de diversísimo tipo centrados en torno a la *National Resources Planning Board* y a multitud de otros organismos de planificación regional de variadísima significación (63). De esta forma los economistas han pasado a estudiar con detenimiento el fenómeno regional en el país.

Pero no sólo en Norteamérica se han planteado por los economistas las cuestiones de la planificación regional. Hoy existe una marcada preocupación mundial por estos problemas, lo que automáticamente ha engendrado un manejo por los economistas del fenómeno regional. Pero en ningún caso aparece nada clara la definición del mismo para ellos: dígame lo mismo de los planes en torno al Mezzogiorno italiano (64) que a los del valle indio de Jezreel, al Polder del noreste de Zuiderzee, en Holanda (65), o a la región española del sureste. En todos los casos, los economistas, trabajando sobre un problema regional, poco o nada se han preocupado por caracterizarlo.

Por tanto, de todo lo dicho es lógico inferir que los estudios regionales ayudan enormemente a quien siga la senda del análisis estructural, y que a efectos tipológicos es preciso ahondar por un camino que no parece muy diferente del que en estos momentos apunta Isard. Hoy por hoy, sin embargo, los aportes que proceden de esta ruta son escasos y muchas veces de difícil utilización.

No pretendo agotar todas las cuestiones implicadas en este problema. No he citado autores como un Zipz o un Singer, con su sugestivo planteamiento de la Ley de Pareto al tamaño de las urbanizaciones en un país. No he mencionado ni a un Lewis Mumford, ni los trabajos de Berry y Garrison sobre las últimas posibilidades del concepto de *Central Place*, que ya hemos dicho nace en Lösch y en Christaller. No hemos hablado de España, donde Perpiñá o el Consejo Superior de Cámaras de Comercio, Industria y Navegación, continuado por los *Anuarios del Mercado*, de Ballesto, ofrecen un riquísimo material muy poco explotado. Simplemente hemos empezado a abrir una ventana sobre el paisaje regional desde la rigidez y dureza de la ciencia económica, en vez de hacerlo desde otros suaves lirismos nada despreciables por cierto. Sería estúpido el pretender ser exhaustivos. No pretendo más que iniciar un camino que a veces precisa más de lira que de gaita, aunque sea imposible dejar de oír a ésta, porque después de todo incluso la música de la lira tiene un fondo dionisiaco. Claro que con el





**Ciudad,  
región y  
regionalismo:  
una visión  
económica**

ditirambo, Píndaro nos enseña a refrenar lo orgiástico. Que acertemos a ello en este difícil momento del análisis regional.

(1) Cfr. José Luis Sampedro, *Realidad económica y análisis estructural*, Aguilar, Madrid, 1959, pág. 42. Soy consciente de que en España los trabajos de un Perroux o de un Boudeville, por ejemplo, están subyacentes en mil investigaciones. Por eso elimino, entre otras, esta importante parcela del tratamiento regional. Estúpido sería, en un breve ensayo, agotar todas y cada una de las parcelas del inmenso problema que se enuncia en el título. Trato de abordarlo desde los ángulos menos habitualmente manejados y tal como lo he expuesto en algún curso universitario. El observar que mis pobres síntesis, ya con origen en la tradición oral, ya con base en manuscritos míos cedidos a colegas, comenzaban, en parte, a utilizarse sin citarme, me mueve a darlas ya a la luz. Alguna excepción a este silencio —como ocurre con el trabajo de Ramiro Campos Nordmann, *La región polarizada de Madrid (Ensayo de delimitación económica)*, en *Revista de Economía Política*, septiembre-diciembre 1972, núm. 62, págs. 7-69, y en especial la alusión de la pág. 8— debo citarla agradecido.

(2) Sampedro, *Realidad económica* ..., ob. cit., pág. 42.

(3) Edgar M. Hoover, *Localización de la actividad económica*, trad. de Vicente Polo y Teodoro Ortiz, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pág. 212. El camino de Hoover lo abrió su famoso ensayo *Location theory and the shoe and leather industries*, en *Harvard Economic Studies*, vol. LV, Cambridge (Mass.), marzo 1973.

(4) Sampedro, *Realidad económica* ..., ob. cit., pág. 44.

(5) Cfr. J. Charles-Brun, *Le Régionalisme*, París, 1911. Sobre este tema me extiendo algo en mi *Introducción a Lecturas de Economía Española*.

(6) En la *Revue de Paris*, diciembre 1910.

(7) Robert E. Dickinson, *City, Region and Regionalism. A geographical contribution to human ecology*, Routledge & Kegan Paul, London, 2.ª ed., 1952, páginas 255-258.

(8) Jean Brunhes y Pierre Deffontaines, *Géographie Politique et Géographie du Travail*, en la obra de G. Hantou, *Histoire de la Nation Française*, 1926, tomo II, vol. II, págs. 51-78.

(9) Cfr. R. Blanchard, *Grenoble. Etude de Géographie urbaine*, 2.ª edición, Grenoble, 1935, pág. 222.

(10) Cfr. José Luis Sampedro, *Realidad económica*, ..., ob. cit., pág. 41.

(11) Cfr. C. B. Fawcett, *The provinces of England*, 1919.

(12) *Les capitaux et la région. Etude géographique. Essai sur le commerce et la circulation des capitaux dans la région lyonnaise*, Librairie Armand Colin, París, 1955.

(13) Cfr. su obra *La aparición del hombre*, Taurus, Madrid, 1958, y en particular la pág. 329.

(14) Sobre este concepto de *ecosistema* pueden verse los artículos de H. Friedrich, *A definition of ecology, modern thoughts about basic concepts*, en *Ecology*, 1958, núm. 39, págs. 154-159, y de J. R. Bry, *Notes toward and ecologic theory*, en *Ecology*, 1958, núm. 39, páginas 770-776.

(15) R. Margalef.

(16) Cfr. R. Margalef, *La base actual de la biogeografía*, en *Arbor*, 1951, núms. 66-67, págs. 408-424.

(17) Cfr. P. Dansereau, *Biogeography. An ecological perspective*, The Roland Press, Nueva York, 1957.

(18) Cfr. *Ecología, biogeografía y evolución*, en *Revista de la Universidad de Madrid*, 1959, vol. VIII, números 29-31, pág. 223.

(19) Cfr. M. Halbwach, *Morphologie Sociale*, Librairie Armand Colin, París, 1938.

(20) En su artículo *En defensa de la estática*, traducido por mí en la *Revista de Economía Política*.

(21) Cfr. Walter Isard, *Location and space economy*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1956, págs. 68-70, obra de la que me ocupo en mi artículo *Localización y economía espacial*, que publiqué en la *Revista de Economía Política*.

(22) Ob. cit.

(23) Ob. cit., pág. 11.

(24) A. W. Sijthoff's Uitgeversmaatschappij N. V. Leiden, 1955, pág. 49.

(25) Cfr. W. S. B. Gras, *An introduction to economic history*, Harper, Nueva York, 1922, págs. 186 y 204; R. D. McKenzie, *The Metropolitan Community. Recent Social Trends Monographs*, McGraw-Hill, Nueva York, 1933, y D. J. Bogue, *The Structure of the Metropolitan Community*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1949.

(26) Ob. cit., pág. 13.

(27) Cfr. Arthur Glikson, ob. cit., págs. 61-67. La obra tan citada de Chauncey Dennison Harris, *Salt Lake City. A regional capital*, se resume por Dickinson en ob. cit., págs. 178-186. Lo citamos por no ser accesible normalmente la obra de Harris al haberse editado privadamente.

(28) Cfr. Sir Patrick Geddes, *Cities in Evolution*, London, 1915. Sobre Geddes, como he señalado en otro lugar, tuvo una gran influencia Le Play.

(29) Cfr. su *Die Zentralen Orte in Süddeutschland*, G. Fischer Verlag, Jena, 1933, pág. 146.

(30) Cfr. August Lösch, *Teoría económica espacial*, trad. de Guillermo H. Arnold y Freerk Cassens, supervisión de Horacio C. Ferrari, Librería "El Ateneo" Editorial, Buenos Aires, 1957, págs. 408-410.

(31) Cfr. Claude Ponsard, *Economie et Espace*, Centre d'Etudes Economiques. Etudes et Memoires, Librairie Armand Colin, Rennes, 1958.

(32) Cfr. Charles Schertenleib, *Traité théorique et pratique de l'études du marché*, Dunod, París, 1945; véase también la aportación importantísima sobre este punto de André Piatier, *L'attraction commerciale des villes*, en *Revue Juridique et Economique du Sud-Ouest*, 1956, núm. 4.

(33) En *Consideración global de Europa*, tomo II de los *Estudios sobre la unidad económica de Europa*, Estudios Económicos Españoles y Europeos, S. A., Madrid, 1952, pág. 569.

(34) *The American Economic Review*, mayo 1956, vol. XLVI, núm. 2, págs. 284-292.

(35) Cfr. Ponsard, *Economie et Espace*, ob. cit., páginas 118-119.

(36) *Revista de Occidente*, Madrid, 1951.

(37) Ob. cit., págs. 37-45.

(38) Dickinson, ob. cit., págs. 273-293.

(39) Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1933.

(40) Lo he manejado en la versión inglesa del original publicado en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, aparecida en los *International Economic Papers*, 1958, núm. 8, págs. 133-146, bajo el título *Location theory and trade policy*. Para una más amplia comprensión de la postura weberiana, véase *Ueber den Standort der Industrien*, parte I, *Reine Theorie des Standorts*, Tübingen, 1909. La parte II se titula *Die deutsche Industrie seit 1860*. La parte I causó gran impacto cuando la tradujo al inglés C. J. Friedrich bajo el título *Alfred Weber's Theory of location of industries*, University of Chicago Press, Chicago, 1928. Yo manejé la segunda edición, de 1957.

(41) Ob. cit., pág. 104.

(42) La agudeza de las expresiones de Lösch asombra más conforme más se profundiza en su obra.

(43) August Lösch, ob. cit., pág. 100.

(44) August Lösch, ob. cit., pág. 104.

(45) August Lösch, ob. cit., pág. 105.

(46) Cfr., por ejemplo, Stefan Valavanis, *Lösch on location*, en *The American Economic Review*, septiembre 1955, vol. XLV, núm. 4, págs. 637-644.

(47) Cae fuera de este ensayo la discusión de las ventajas del exágono. Cfr. Lösch, ob. cit., págs. 107-114.

(48) Cfr. Lösch, ob. cit., págs. 220-221.

(49) Isard, ob. cit., págs. 349-449.

(50) Walter Isard, *Some emerging concepts and techniques for regional analysis*, en *Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft*, 1953, vol. 109, núm. 2, páginas 240-250.

(51) Cfr. Claude Ponsard, *Economie et Espace*, ob. cit., págs. 117-118.

(52) Walter Isard, *Current Development in regional analysis*, en *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1952, vol. 69, número 1, págs. 81-90. Este y otros ensayos que he

citado de Isard se recogen en el incitante volumen *Methods of Regional Analysis. An Introduction to regional science*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1960.

(52 bis) Leland S. Burns y Leo H. Klaasen, *La econometría de la construcción de una nueva ciudad*, en *Análisis de las estructuras teriritoriales*, ed. por Bernardo Secchi, trad. de J. Soler Llusá, Concha Aguirre y Diana Garrigosa, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1968, págs. 464-476.

(53) *Regional economic reaction paths*, en *The American Economic Review*, mayo 1955, vol. XLV, núm. 2, págs. 133-148.

(54) En *The American Economic Review*, mayo 1955, vol. XLV, núm. 2, pág. 150.

(55) Cfr. su artículo *Regional variation in cyclical fluctuation viewed as a frequency distribution*, en *Econometrica*, julio 1945, págs. 185-213.

(56) Cfr. Ponsard, *Economie et Espace*, ob. cit., página 273.

(57) Los índices de localización de Sargant Florence

los apliqué yo, por primera vez, a la economía española. Su utilidad es enorme.

(58) Cfr. su *Criteria for evalutating regional development programs*, en *The American Economic Review*, mayo 1955, vol. XLV, núm. 2, págs. 120-132.

(59) *Art. cit.*, pág. 120.

(60) Cfr. *El problema de las áreas económicamente deprimidas y su planteamiento actual en Gran Bretaña*, en *Revista de Ciencia Aplicada*, octubre-diciembre 1947, año I, fasc. 1, núm. 1, págs. 22-30.

(61) Cfr. José Luis Sampedro, *Principios prácticos de la localización industrial*, ob. cit., págs. 646-663.

(62) En *Localización de la actividad económica*, ob. cit., págs. 228-235.

(63) Véase en Dickinson, ob. cit., págs. 295-308.

(64) En castellano, un buen enfoque en José Luis Sampedro, *Principios prácticos de la localización industrial*, ob. cit., págs. 693-699.

(65) Cfr. Arthur Glikson, ob. cit., págs. 104-117.

